



## mágenes urbanas, rostros de la diversidad

ABILIO VERGARA FIGUEROA\*

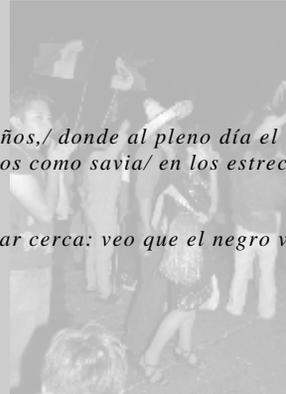


*¡Ciudad hormigueante, ciudad llena de sueños./ donde al pleno día el espectro atrapa al transeúnte!  
Por doquier fluyen los misterios como savia/ en los estrechos canales del potente coloso.*

**Baudelaire, Los siete viejos**



*África debe estar cerca: veo que el negro viene todos los días en bicicleta*  
**Chiste popular**



No hay rostro desnudo como tampoco ciudad des-cubierta: ambos proyectan significados que en el cruce de miradas se recomponen de manera dialógica y cómplice. La Ciudad de México se muestra como múltiples ciudades, conjunta estratos espaciales y temporales que reubican constantemente nuestros cronotopos. En este sentido, la lectura de las imágenes que ilustran este número de *Diario de Campo* muestran algunas facetas de esta cotidiana construcción, inacabada siempre, de las ciudades de México.

Mouamar Kadhafi, el líder libio –anterior fantasma, al estilo Osama Bin Laden o Sadam Hussein, de los gobiernos norteamericanos– define muy bien una imagen pesimista y condenatoria acerca de la significación social y afectiva de las ciudades cuando señala que «los vecinos de una misma calle no se conocen. Ellos no eligieron estar cerca. Ellos se encontraron en la misma calle, en el mismo pasaje sin ningún acuerdo ni una relación de parentesco que los una. Peor aún: la ciudad desparrama por fuerza a los miembros de una misma familia. Ella separa al padre de sus hijos y a la madre de sus niños. Ella junta a los contrarios y a los anónimos. Ella dispersa a los próximos mientras reúne a los extraños» (1998:24). ¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿Qué logros apareja esta poderosa maquinaria llamada ciudad? ¿Cuáles son sus perspectivas?

Gordon Childe (1997), al examinar la evolución de la sociedad humana, señala que en la etapa anterior a la que denominó la revolución urbana, la humanidad había acumulado importantes *conocimientos científicos*: topográficos, geológicos, químicos, astronómicos, zoológicos, botánicos; *saberes y destrezas prácticos*: aplicables a la agricultura, la mecánica, la metalurgia y la arquitectura; y *creencias mágicas* –consagradas también como verdades científicas; los que habían *propagado* como resultado del comercio y las migraciones, las consecuencias: a) quebrar la exclusividad de los grupos locales; b) relajar la rigidez de las instituciones sociales;

c) y sacrificar la independencia económica de las comunidades (antes autosuficientes). Estas condiciones y fenómenos muestran que en el nacimiento mismo de la ciudad se encuentra la *diversidad* que, como veremos, es aún su rostro más característico y persistente.

No existe una sola forma de ciudad. No hay un modelo que pueda dar cuenta de su naturaleza y a cada definición se le escapan muchas realidades, presionando nuestros esfuerzos por caracterizarla. Dentro de estos intentos, Max Weber (1987) destaca al comercio como definitorio, y agrega que las ciudades son, ante todo, diversificadas, que no pueden ser caracterizadas por una sola actividad económica dominante, es decir que no pueden ser identificadas como «ciudades de consumidores», «ciudades comerciales» o «ciudades productoras» únicamente, ya que por su mismo carácter de aglomeración, «siempre» y «casi en todas partes» tienen funciones mixtas y diversas. Henri Pirenne (2001) insiste en la atracción mutua de comercio e industria en este proceso.

A nivel de los sistemas ideológicos o religiosos, también es muy sugerente la forma en que Weber define a la ciudad, remarcando el papel que jugó el cristianismo en su organización administrativa autónoma, pues descubre que ayudó a romper las relaciones tribales que en otros continentes se constituyeron en trabas, lo que permitió también estructurar un derecho propio, interno, urbano. A esto suma, como factor fundamental de la evolución de las ciudades, una creciente racionalización de las instituciones y los procedimientos. El poder que adjudica al comercio introduce en la construcción del espacio urbano una variable que la abre hacia el intercambio más allá de sus fronteras. A nivel interno, la reconocida vocación múltiple también introduce el imperativo del intercambio que complementa y diferencia, en un uso articulado del espacio social.



Teatro callejero «Foto estudio Mattapeste». Festival del Centro Histórico. Zócalo de la Ciudad de México, 2002. © Dulce García González.

Por otro lado, la ciudad ejerce presión sobre las formas de interrelación entre los seres humanos y sobre la forma en que se representan esas relaciones. En esta dirección Georg Simmel (1988) realiza una caracterización del urbícola contrastando grandes y pequeñas ciudades, así como con el campo. Su apreciación de las grandes ciudades es compleja, pues incorpora aspectos negativos y positivos: califica la vida en ellas como «apagadas» y «grises», las actitudes nerviosas y afectadas, homogenizadas o «uniformes» donde, a su vez prima el «derecho a la desconfianza». La causa fundamental de esta situación, según Simmel, es la predominancia del intercambio monetario que tiñe la mayoría de las interrelaciones, así como su intelectualización.

En la ciudad las cosas aparecen de tal forma uniforme, dice Simmel, que pareciera que no hay razón alguna para preferir alguna cosa de otra. Este autor habla de una «disposición del espíritu» producida por la interiorización de esa economía –monetaria– que hace que siendo las cosas diferentes sean equivalentes, y que se igualan gracias al dinero, «que expresa toda la diferencia cualitativa por sus diferencias cuantitativas» (Simmel, *Idem*: 50). Sin embargo, el mismo autor señala que la ciudad ofrece mayor posibilidad de oportunidades para seleccionar y escoger, así como configura un marco que permite la liberación de los deseos. En este sentido, la ciudad también contribuye a la creación del individuo liberado del contexto estrecho de las estructuras pre-urbanas. En este ambiente, los individuos pueden presentarse entre sí y diferenciarse entre ellos: cada individuo puede reclamar su especificidad cualitativa que es el soporte de su valor, la que se desgaja de las redes que anteriormente significaban las jerarquías y estimación social.

La llamada Escuela de Chicago –que desarrolla sus actividades investigativas aproximadamente entre 1910 y

1950– asume el espacio como un *sistema*, en el que los diferentes componentes participan desde su diferencia, oposición o complementariedad, en el espacio entramado de la ecología urbana (Park, 1988). Los casos de aislamiento como los guetos también funcionan dialogando con el contexto y su propio encierro demarca los espacios urbanos y es referencia emblemática de la construcción de los otros.

La propuesta metodológica de Park –uno de los más destacados de la Escuela de Chicago– nos muestra el nivel de detalle de las diferenciaciones establecidas: «La dependiente, el policía, el vendedor ambulante, el taxista, el guarda nocturna, el clarividente, el artista de revista (variedades, el curandero, el *barman*, el jefe de pabellón, el esquirolo, el agitador sindicalista, el maestro de la escuela, el reportero, el agente de bolsa, el prestamista: todos ellos son *productos característicos de las condiciones de la vida urbana*; cada uno, con su particular experiencia, conocimientos y punto de vista determina, para cada grupo vocacional y para la ciudad en su conjunto, su individualidad» (Park, 1952: 24-5). Por ello, uno de los objetivos centrales de los sociólogos de Chicago fue el de describir los distintos «mundos sociales» como «regiones morales» en los que se mueven y viven estas poblaciones diversas. Habría que agregar que esos «mundos» generalmente estuvieron teñidos por el color de la etnicidad.

Dos conceptos asociados con el desarrollo de la ciudad son los de centro y periferia. Henri Lefebvre (1992) sostiene que una de las características fundamentales de las ciudades es la *centralidad*. Este autor la concibe en su dimensión dinámica, porque la asocia con el movimiento permanente «que la construye y la destruye, que la crea (y la rompe» y señala que la ciudad como tal centraliza las creaciones: «(...) Ella crea todo. Nada existe sin intercambio sin ligazón, sin proximidad, es decir, sin conexiones. Ella crea una situación, la situación urbana, aquella donde las



En camino más... *El Pare* en la autopista de Querétaro, México, 2003.  
© Dulce García González.

cosas *diferentes* devienen las unas con las otras y que no existen separadamente sino según sus diferencias» (1992:224). Esta concepción dinámica de las urbes y el papel fundamental adjudicado al intercambio lo lleva a condenar la segregación creciente que niega la urbanidad.

La época actual nos pone frente a situaciones y fenómenos diferentes y más complejos. Néstor García Canclini (1998) señala uno de los problemas fundamentales del estudio de las ciudades contemporáneas, al indicar que la convivencia de diversos grupos étnicos, nacionalidades y etapas históricas, que ya es una realidad extendida, tanto en los países centrales y periféricos, es uno de los retos más importantes en la reconceptualización de la teoría urbana. Así, el abordamiento del espacio en la época de la globalización plantea nuevos retos: en primer lugar el espacio globalizado es objeto del trabajo imaginativo (García Canclini, 1999), lo que define un manejo diversificado de las distancias así como de sus significaciones, planteando dificultades para interiorizar «esta nueva escala de lo social». De esta forma, los emplazamientos de lo local en los entornos diversificados por la imaginación, reconstruye la anterior cosmogonía para redefinir las redes, sus mitos, así como las conceptualizaciones de la distancia y la proximidad y de la duración.

En las metrópolis que alimentan su crecimiento con la migración, la multiculturalidad conlleva la convivencia cercana con nuevas diferencias, y también relativiza las imágenes de la centralidad y el tiempo. Los migrantes indígenas que cruzan el «umbral metropolitano» (Nivón, 1998), proponen a la ciudad con sus presencias, una relación diferente con la historia, y por tanto con su espacialización –por ejemplo monumental o muesística–. Estas traslaciones tienen implicaciones importantes en la relación con los espacios de llegada y origen, pues la etnicidad puede emplazarse y producir territorialidad urbana coloreada por ella. El horizonte y sus perspectivas (Vergara, 2003) así se extienden o empuñan, adquieren diferentes texturas, y nuevamente des-cubren al poder y sus políticas.

Pero la ciudad no sólo es apertura y convivencia con la diversidad, es también conflicto (Signorelli, 1999). En este sentido, existen políticas cotidianas que tienden a construir la distancia con los otros y el encierro entre iguales: «Todos enrejados: ya hay plazas públicas rodeadas de rejas en algunas ciudades latinoamericanas, y están enrejadas las casas de todos los que tenemos algo que perder, aunque sea poco, aunque sea nada; yo he visto

rejas hasta en algunos ranchos de lata y madera de los suburbios más pobres. Los de arriba y los del medio y los de abajo: en sociedades obligadas al sálvese quien pueda, aterrorizadas por los manotazos de sus náufragos, estamos todos presos: los vigilantes y los vigilados, los elegidos y los parias» (Galeano, 1996). Los actores urbanos se observan a través del despliegue imaginal, caracterizan diversamente la ciudad y actores, definen sus fuerzas proyectando los «datos» de los riesgos y dimensiones de manera hiperbólica, y desde estos posicionamientos producen y reproducen actitudes antiurbanas.

Jordi Borja y Manuel Castells (1997), al enfocar la diversidad urbana producto de las migraciones, dicen que la desproporción entre lo que la «opinión pública» siente y la migración real, se produce «por la transformación creciente de la composición étnica de las sociedades europeas, a partir de los migrantes importados durante el período de alto crecimiento económico de los años sesenta» (118), que se visibiliza en informaciones periodísticas de una tasa de



Poblanas en la Basílica de Guadalupe, México, D. F., 2002.  
© Dulce García González.

fertilidad mayor de los inmigrantes –denunciada por sectores de la sociedad receptora–; quienes a su vez se concentran en determinados territorios, remarcando una diversidad que emplaza en los imaginarios la *diferencia* y el *riesgo*, haciendo que ambos conceptos puedan aparecer imbricados con frecuencia.

A pesar de que estas condiciones producen desazón, angustia y actitudes hostiles y violencia a partir de la constatación de la subversión de lo imaginado como homogeneidad social, el mundo debate la convivencia con los otros y en la esfera pública se tiende a aceptar esta intensa diversidad próxima que enriquece; la ciudades son multiculturales en casi todas las urbes del mundo y el reto de este siglo es «aprender a convivir en esa situación, saber gestionar el intercambio cultural a partir de la diferencia étnica y remediar las desigualdades surgidas de la



Plantón de maestros en el Centro Histórico de la Ciudad de México, 2000.  
© Dulce García González.

discriminación son dimensiones esenciales de la nueva política local en las condiciones surgidas de la nueva interdependencia global» (idem: 131-2).

Y esta situación no es reciente, pues marcó, como lo señalé, a las ciudades desde su nacimiento y si bien se acentúa, la diversidad pertenece a la *naturaleza* de lo urbano, y ella se asocia inextricablemente al cambio, al movimiento, a la *incertidumbre*, por ello no fue casual que «... en cada mercado (yoruba), se dedicaba un altar al embaucador *Esu*, deidad de las encrucijadas, el comercio, las querellas y la incertidumbre en general» (Bascon, 1955).

A fin de ubicar imaginalmente las dimensiones de la ciudad de México, se puede traer a la memoria que cuando en 1940, Wilson estudia Broken Hill, esta ciudad tenía 17 mil habitantes; no obstante, este antropólogo define a esa pequeña ciudad como «... una comunidad en que las relaciones impersonales son las más importantes; donde los negocios, la ley y la religión hacen a los hombres dependientes de millones de otros hombres a los que nunca han conocido; una comunidad articulada en razas, naciones y clases; en la cual las tribus, que ya no son, como antes, casi mundos en sí mismos, toman el lugar de pequeñas unidades administrativas; un mundo de escritura, de conocimientos especializados y complejas capacidades técnicas» (Wilson, 1941: 13, en Hannerz, 1983: 145).

Refiriéndose a las poblaciones migrantes en las ciudades mineras de Copperbelt, Hannerz habla de esa distancia, pero también llama la atención sobre «una especie de integración por la puerta trasera», a través de los inmigrantes, «con una integración diversamente plena en los distintos dominios de actividad de cada una», principalmente en los dominios que no estaban «rígidamente predeterminadas», como las relaciones de trabajo en las minas o fábricas. «Las ideas que los inmigrantes llevaban a la ciudad, y las secuelas de estas ideas, podían tener algún efecto sobre lo que allí hacían y con quién los hacían» y lo caracteriza como un problema de «tribalismo urbano» o de «etnicidad urbana». Las fotografías emplazadas en estas páginas hablan, para México, de esa diversidad, de esas «integraciones» heterodoxas, de las penurias urbanas y también de sus apropiaciones festivas y creativas.

Vivir en una inconmensurable ciudad como la Ciudad de México, cuya población es difícil precisar –hace unos días he escuchado que tiene 30 millones de habitantes, en algunos informes académicos he leído hasta 8 millones, en otros 16 y con mayor frecuencia escucho y leo que son 22 millones–, adiciona un componente característico de todo proceso de mitologización: la incertidumbre. Esa dificultad no solamente remite a la demarcación que se elija –que si el Distrito Federal, que si el área metropolitana, que si la zona conurbada– sino tiene efectos en la relación

que establecemos con ella quienes vivimos aquí, en tanto que su inabarcabilidad cognoscitiva, activa la imaginación extendiéndola a la dimensión de nuestros deseos y miedos el dinamismo imaginal es incontrolable y tiene fuerza imperativa pragmática.

Son algunas facetas de esta vida la que muestran las fotografías que ilustran esta revista, que resultan de la mirada de Dulce García González, quien privilegia el *movimiento humano* –frente a lo construido– que configura iluminaciones *emosignificativas* en la masa urbana que instala en nuestras conciencias la indiferencia y la insignificancia, haciendo que ellas adquieran singularidad y sentido. El enfoque que la fotógrafa despliega recorta la expresividad del instante para en un caleidoscopio perfilar los múltiples rostros de la ciudad. Así ella nos dice que lo que le interesa mostrar en esos desplazamientos de mirada, es «cómo festeja la gente, cómo obtiene el dinero, qué hace en y con la ciudad» y en ese esfuerzo visibilizar los rostros de solidaridad y los rostros de lucha.

En estas fotografías pueden captarse dos de las vertientes fundamentales que signan al *ser*: la dicha y el sufrimiento,<sup>2</sup> y se formula desde una posición –vivió en Tepito– que asume un compromiso con los actores que detiene en la imagen a los que observa con una suerte de ternura, complacencia y alegría. Algunos de los ámbitos explorados por Dulce García son: espacios del ritual, los oficios callejeros, las ferias y mercados, personajes, masas autopistas, basureros que emplazan la marginalidad y la pobreza en contextos de una expresividad que trabaja cultural y emotivamente las carencias reclamando una lectura comprensiva de la diversidad.

Así podemos ver en ellas cómo el cuerpo urbano no es achatado ni homogenizado como temen los que imaginan la globalización como una aplanadora, y más bien las imágenes nos proveen de referentes indiciales fragmentarios<sup>3</sup> que rápidamente nos encaminan hacia densidades simbólicas ampliando el espacio de nuestra interlocución con la ciudad: entre otras podemos observar la híbrida sincronía entre exposición ritual y espectacularización, entre afirmación y exploración, entre identidades adscriptivas y estratégicas, entre segregación y reclamo, entre seguridad y juego, temporalidades signadas en rostros de ancianos y niños, entre tradición y cambio, en la individualización de símbolos colectivos, en la figura del fragmento que dialoga con una totalidad inimaginable omnipresente, en la presencia rural que resignifica el instrumento o la función en símbolo –el machete, la carpa, la bicicleta, la danza–, entre muchas otras que muestran un uso heterodoxo del espacio que realizan los *bricoleur* urbanos.

Emulando a Robert Park, la joven fotógrafa nos muestra rostros indígenas que transportan sus reclamos religiosidad sin fronteras que hace retornar a los chicanos



Estación Balderas del Metro, Ciudad de México, 2002. © Dulce García González.

quienes culminan su peregrinación y arriban junto con peregrinos de todos los estados mexicanos ensanchando el espacio *sistémico* hacia una *cosmogonía* (Vergara, 2003); zapatistas que abarrotan campos de fútbol; protestas estudiantiles que proyectan al futuro la memoria; gays y lesbianas que estetizan su orgullo; la lucha cotidiana por sobrevivir al liberalismo cociendo sopes y gorditas en las calles y plazas –que a su vez continúa tradiciones arraigadas–; músicos y danzantes, son entre otros los actores urbanos que se asoman, sonrían y nos miran, nos interrogan con ojos que una perspectiva próxima, del caminar fotográfico y la complicidad la hacen dialógica: nuestro paseo por estas páginas –de la ciudad y de la revista– nos devuelve a lugares interiores y colectivos, como espejos que proyectan aquello que somos, que queremos ser, que creemos ser, que nos negamos a ser, continuando aquella vinculación intermitente, relampagueante, a la vez efímera, a la vez identitaria, como es nuestra relación con nuestra ciudad.

#### Notas:

<sup>1</sup> Las cursivas son mías.

<sup>2</sup> Me viene a la memoria el núcleo del debate entre dos grandes antropólogos: Robert Redfield y Oscar Lewis. El primero explicó –ante el cuestionamiento pertinaz de Lewis– que la causa de las versiones antagónicas que presentaron sobre Tepoztlán fue motivada por la pregunta que subyacía en sus investigaciones; Redfield dijo que él se preguntó de qué gozaban los tepoxtecos, mientras que Lewis se habría preguntado de qué sufrían.

<sup>3</sup> En este sentido, me parece útil la relación y diferencia que establece Julio Cortázar entre fotografía y cine así como entre el cuento y la novela: «la novela y el cuento se dejan comparar analógicamente con el cine y la fotografía, en la medida en que la película es en principio un ‘orden abierto’, novelesco, mientras que una fotografía lograda presupone una ceñida limitación previa, impuesta en parte por el reducido campo que abarca la cámara y por la forma en que el fotógrafo utiliza estéticamente esa limitación» (Cortázar, 2003).

#### Bibliografía:

CASTELLS, Manuel  
1997 *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Taurus, Madrid.  
BAUDELAIRE, Charles

s/f. *Las flores del mal y Pequeños poemas en prosa*, en *Obras selectas*, Edimat Libros, Madrid.

CORTÁZAR, Julio

2003 «Sobre el cuento», [www. Biblioteca Digital Ciudad Seva](http://www.BibliotecaDigitalCiudadSeva.com).

2003 «Aspectos del cuento», [www. Biblioteca Digital Ciudad Seva](http://www.BibliotecaDigitalCiudadSeva.com).

CHILDE, Gordon

1997 *Los orígenes de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México.

GALEANO, Eduardo

«Los prisioneros», *La Jornada Semanal*, 11-08-96.

GARCÍA CANCLINI, Néstor

1998 «Las cuatro ciudades de México», en *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, Grijalbo-UAM, México, Pp. 19-39.

1999 *La globalización imaginada*, Paidós, México.

HANNERZ, Ulf

1986 *Exploración de la ciudad*, Fondo de Cultura Económica, México.

KADHAFI, Mouamar

1998 *Escapade en enfer et autres récits*, Éditions Stanké, Montréal.

LEFEBVRE, Henri

1992 «La forme urbaine », en Roncayolo, M. y T. Paquot (dirs.), *Villes et civilisation urbaine XVIIe-XXe siècle*, Larousse, Paris, Pp. 222-227.

NIVÓN, Eduardo

1998 «Metrópoli y multiculturalidad», en Aguilar, Cisneros y Nivón (compiladores), *Territorio y cultura en la ciudad de México. Diversidad*, tomo 2, UAM-Plaza y Valdés, México, Pp. 115-130.

PARK, Robert Erza

1988 «Ecología humana», en Bassols y otros, *Antología de sociología urbana*, UNAM, México, Pp. 92-104.

PIRENNE, Henri

2001 «La formación de las ciudades y la burguesía», en *Las ciudades de la Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid.

SIGNORELLI, Amalia

1999 *Antropología urbana*, Anthropos-UAM-I, Barcelona.

SIMMEL, Georg

1988 «La metrópolis y la vida mental», en Mario Bassols y otros (comps.), *Antología de sociología urbana*, UNAM, México, Pp. 47-61.

VERGARA FIGUEROA, Abilio

2003 *Identidades, imaginarios y símbolos del espacio urbano : Québec, La Capitale*, ENAH, AIEQ, CCNQ, UNSCH, México.

WEBER, Max

1987 *La ciudad*, Madrid, Ediciones La Piqueta.



Danzantes de Guerrero en la Basílica de Guadalupe. México, D. F., 12 de diciembre 2002. © Dulce García González.